

UN EXTRAÑO INVITADO

¿Qué estás leyendo? – preguntó Ana a Raquel, su hermana.

¡¿Por qué no te pones a hacer algo útil y dejás de perder el tiempo?! – le respondió Raquel agresivamente y sin contener rabia alguna.

¿Qué pasó, nos levantamos de mal humor? – le dijo Ana.

–Mal humor... es lo único que provocás en los demás, ponerlos de mal humor... ¿por qué no te vas? ¡Bruta! – le dijo Raquel yéndose de la sala y tirando el diario sobre la silla en la que estaba sentada. Esa respuesta dejó atónita a su hermana, que rápidamente recogió unas monedas que estaban sobre la mesa y se fue a comprar cigarrillos. Cuando estaba volviendo del almacén, que quedaba a una cuadra y media hacia el Palacio Legislativo, se cruzó con el padre. Sólo una mirada de desprecio fue lo que mostró su padre al verla, despeinada, con la remera del pijama y postrada sobre unas alpargatas viejas que no le calzaban completamente. Cabeza a gachas, Ana se fue de vuelta a la casa, avergonzada; es que sabía que al padre no le gustaba que ella fume, y mucho menos a esas horas.

Ana era una chica algo particular. Con sus 18 años, no estudiaba ni trabajaba; sólo, de vez en cuando, acompañaba a su padre en el camión a repartir alimentos, y con eso ganaba un pequeño dinero que usaba para gastar en cigarrillos y para trasladarse a lo de su novio. Éste, Carlos, recién había cumplido los 21 y, además de estudiar, trabajaba en un banco. A pesar de ser un individuo responsable, encontraba en Ana a una mujer alegre con la cual le gustaba pasar el tiempo. Ella, por su parte, tenía a Carlos como eje de su vida, su amor, la única persona comprensiva a su alrededor, y lo quería profundamente; además del atractivo físico que la atraía hacia él, lo mismo que ella provocaba en su novio.

Así es que la actividad rutinaria de Ana consistía en ver una telenovela hasta la hora del almuerzo, luego iba al supermercado a hacer las compras que le encargaba Mabel, su madre (era en lo único que colaboraba con la casa; de hecho lo hacía porque con la plata que le sobraba se compraba cigarrillos o una revista para pasar el tiempo). Pero ese día no sobró más que tres pesos con cincuenta, y Ana se enojó porque pensó que la madre lo había hecho por gusto para hacerla enojar; sucede que en verdad Ana tendía a “perseguirse”,

pensando que su entorno social la odiaba y le deseaba el mal, salvo, por su puesto, su novio.

-¿Qué pasó mamá, no llegamos a fin de mes que me das la plata justita?- le reprochó Ana.

-Mirá nena, si eso es verdad, tú lo único que haces es malgastar la plata con tu noviecito y tus vicios. Después de todo, Raquel tiene razón: no servís para nada. No tenés remedio vos, estás...- le agredió la madre enojada por el reproche de su hija, pero no pudo terminar la frase porque intervino Mateo, el hermano mayor de Ana y Raquel.

-¡Bueno, bueno! ¿Qué pasa acá? – dijo- ¡hacen tanto ruido que se las escucha desde dos cuabras!

-¡Pero mirá vos quien llegó! – dijo Ana- Supongo que venís a criticarme, como siempre hacés-. Pero en verdad Mateo lo único que buscaba era calmar la situación; esa situación con la que prácticamente convivía la casa de los Benavidez: la discusión, la violencia entre los propios hermanos; la carencia de un elogio o de un dicho agradable se veía interrumpida por el orgullo que había generado esa violencia. Ahora bien, Mateo tenía 23 años y cursaba tercer año de magisterio, cosa que desagradaba al padre, el cual sostenía que esa carrera no lo ayudaría en nada para el futuro, ya que pretendía que su hijo lo suceda en el comercio de delivery de alimentos, y planeaba poner una gran verdulería y contaba con la ayuda de Mateo. Éste estaba hace alrededor de un semestre intentando buscar trabajo sin éxito, y también había recurrido dos años, a pesar de que era muy estudioso y se esforzaba mucho; esto acrecentaba aún más el enojo provocado por no hallar empleo, y mantenía siempre un espíritu de superación, que su padre se lo intentaba quitar persuadiéndolo a que dejase de estudiar y lo ayudara. De esta manera Mateo llegó muy aturdido y cansado de clases a su casa, y no tenía ganas de discutir. Por ende, dejó a Ana y su madre que continuasen la pelea, que terminó, como es de costumbre, con un intercambio de insultos: -¡Andá loca, salí de acá y dejame cocinar tranquila!- le decía la madre.

-“Intentar” cocinar, querrás decir, porque nunca te queda bien la comida: si es arroz te queda duro, si es polenta te queda pasada y si es carne te queda cruda, tendrías que hacer un curso de chef, para ver si le embocás en algo- la agredió Ana; pero entonces su madre se enojó demasiado y tiró el cuchillo que

tenía en la mano y le dijo: -Mirá hijita, acá te dejó la carne y las papas: hoy cocinás vos; haber que tal lo hacés.

Así fue que Ana aceptó el trato y se puso a cocinar. Mientras calentaba la carne en el horno fue al cuarto a llamar a su novio para invitarlo a la cena (obviamente no le dijo nada a su madre, que sabía que no le agradaba Carlos). Charlaron un buen rato, de cómo le fue a Carlos en el trabajo, de cómo le fue en facultad, que si estaba cansado, que si le dolía la cabeza, siempre hablando de Carlos, porque de hecho la vida de Ana no se remitía más que a “qué pasó en la telenovela”. Quedaron, al cabo de unos treinta minutos de charla, de que Carlos estaría a las nueve y media en su casa y luego se quedarían a ver una película todos en familia, idea propuesta por Carlos, como es de saber, que deseaba más que nada caer bien en la familia Benavides; asunto que no le era propicio hasta el momento.

A Raquel no le agradaba Carlos, y eso se debía a que éste era alguien demasiado responsable para su hermana, y le tenía envidia, a ella y también a él. Por su parte, a Mateo tampoco le simpatizaba demasiado, porque éste, ambicioso en sus estudios, veía en Carlos al reflejo de sus aspiraciones: un título universitario casi concluido con notas perfectas y un trabajo muy respetable que seguramente le aguardaba un gran sueldo. A la madre tampoco le agradaba este sujeto debido a que el nexo entre ella y él era Ana, y todo lo que provenía de ella le costaba aceptarlo; no le agradaba ningún amigo, amiga o novio que ella tuviese. La relación con el padre sencillamente era nula; porque éste le quitaba importancia a la relación, porque sostenía que el noviazgo, con Ana en el medio, no iba a perdurar.

Sucedió entonces que a las nueve y media sonó el timbre, y Mabel fue a atender la puerta, desconcertada con el timbrado, ya que ella no suponía ninguna visita a esas horas.

-¿Quién es?- preguntó Mabel.

-Ah, el novio de su hija, doña Mabel- le respondió Carlos intentando ser lo más cortés posible.

-¿Y qué hacés vos acá?- le preguntó Mabel totalmente sorprendida, sin pasarsele por la cabeza dejarlo entrar.

-¿Pero cómo señora, Ana no se lo contó?- le dijo Carlos muy avergonzado por detrás de la puerta. En ese momento intervino Ana, y abrió la puerta y dejó

pasar a su novio, insultando a su madre por la descortesía. De esa manera se pusieron a discutir de vuelta, pero Carlos se interpuso dándole la razón a Mabel diciendo:

-¡Ana, por favor, un poco de respeto a tu madre! – decía ante el asombro de las dos. –Mabel tiene razón, ella no sabía que yo estaría aquí, y por eso la confusión- dijo Carlos quitándole importancia al desprecio que le hicieron. Más allá de todo, a Mabel le cayó muy bien este comentario, y Ana supuso que su novio tenía razón, (de hecho Ana lo idolatraba de tal manera que nunca se le oponía, también por miedo a perderlo), y entonces aquel alboroto se apaciguó.

Pero aún quedaba el saludo Roberto (el padre) y Mateo, que Carlos sabía que sería difícil; y también con Raquel, con la cual pensaba que ya se llevaban bien, pero no era así. Así sucedió que Carlos entró a la sala de comedor donde había un televisor, y allí mismo encontró a su suegro acostado en el sillón viendo una película, de espaldas a la puerta por la que él ingresó. Carlos se puso nervioso y dijo: -Buenas tardes..., quiero decir buenas noches, señor. -¡Callate Mateo, dejame ver la tele tranquilo! – dijo Roberto confundiendo con su hijo. -Disculpe, don Roberto, pero no soy Mateo, ¡soy Carlos!- le respondió pensando que estaba siendo muy directo, y que eso no era propicio para la situación; por lo que luego agregó: -Perdóneme usted que lo interrumpa, pero lo quería saludar... ¿cómo anda?- y entonces pensó que esas tampoco eran las palabras perfectas, y se avergonzó, y calló, y esperó respuesta. Entonces Roberto se levantó lentamente y lo miró, y le dijo sin acercarse: -Ah, hola, un gusto, ¿no te molesta que siga mirando la tele un rato? – y entonces se acostó de vuelta. -Cómo no, Roberto... - y luego quiso agregar algo más pero no supo qué. Si bien no logró formar una conversación que se ajuste a sus intenciones, por lo menos se contentó en no haberlo hecho enojar, y es que de hecho había puesto mucho empeño en no hacerlo.

Luego Carlos buscó a Mateo en su cuarto, que quedaba en frente al de Raquel y Ana. -Permiso, ¿puedo pasar? – dijo abriendo la puerta lentamente mientras le sobresalía la punta de la corbata por el costado de la bisagra.

-¿Quién es?- preguntó Mateo.

-Yo, Carlos, pasaba para saludar nomás- contestó amistosamente. Entonces entró al cuarto y Mateo, al verlo de traje y muy arreglado (pues Carlos venía directamente desde el banco), se llenó de envidia porque sabía que venía de

trabajar, y no podía entender como hacía para ser tan exitoso, que era la aspiración de él pero no podía ni siquiera con los estudios, a pesar del empeño que ponía.

-Pasá, pasá, Carlitos – le decía- ¿tuviste que hacer muchos ajustes en tu agenda para tomarte unos minutos y venir hasta acá? – le dijo el mayor de los Benavidez sin disimular su bronca. -No Mateo, no – le dijo Carlos mirando para abajo – la verdad que no vengo a pelear, te venía a saludar, nada más... ¿cómo te fue en el IPA? – terminó preguntándole para cambiar el tema. Mateo, sorprendido, vio que Carlos se preocupaba con él; cambió la cara, y le respondió: -Bien, bien – decía angustiado- lo que es que yo me estoy matando estudiando, te lo juro, pero son más los exámenes que pierdo a los que salvo, y... no sé que decirte, es horrible eso. Para peor llego a casa y vos ya verás cómo son las cosas acá. Pero bueno che, gracias, gracias por preocuparte, yo la verdad que esto no lo puedo charlar con nadie, y menos con mi viejo. – Estuvieron hablando durante largo rato, hasta que de súbito se oyó un grito: ¡Está la comida! – llamaba Mabel.

Rápidamente todos fueron al comedor, y Carlos saludó con un “hola, ¿cómo andas?” a Raquel, que hasta el momento no la había visto, pero Raquel no contestó. Ya en la mesa, no pasó más que un par de minutos para que le criticasen a Ana que se le quemó la carne y la comida estaba fea, dando el pie inicial a una nueva discusión. Pero la cordialidad y la voz salvadora de Carlos se interpuso para calmar los ánimos, y pronto la pelea culminó y comieron en paz; y luego se reunieron para ver una película en familia.

Así concluyó un día en casa de los Benavidez, donde la respetuosidad y el buen humor se habían dejado de lado. Por el contrario, la discusión y la violencia entre propios hermanos y padres cumplían el rol predominante, hasta que la comprensión y la sensatez de Carlos les cambió la manera de pensar, a algunos más rápido que a otros (como al padre, que recién ese día comenzó a aceptarlo como su yerno); y el nexo entre esa familia, que no se comportaba como tal, y Carlos, quien llegó para cambiarla, no era otro que Ana, con la que no se podía hablar, la que vivía de una manera hedonista, sin preocuparse por los demás, sólo interesándose en ella. De esta manera esa salvación, que parecía que nunca llegaría, y todo indicaba que la familia pronto se dividiría, finalmente llegó, y llegó por medio de aquella que menos se esperaba.

Datos del concursante:

-Nombre Completo: Diego Tosar Rovira

-Cédula de Identidad: 4.874.201 – 0

-Fecha de Nacimiento: 29/11/1993

-Dirección: Sotelo, esquina Francisco del Puerto 3896

-Teléfono: 336 45 35

-Celular: 099 240 146

-Liceo: Monte VI

-Correo Electrónico: dtosar93@hotmail.com
